

Redentor de nuestras almas. Con vuestra proteccion nada tenemos que temer: resistiremos á las sugestiones de los enemigos de nuestra salvacion, y no habrá tribulacion ni angustia, ni enfermedad que pueda separarnos de vuestro amor. Bendice, Señor, bendice á éste pueblo religioso, para que no se pierda en ninguno de sus habitantes el fruto de la redencion, y que muriendo todos en tu gracia, continúen vuestras alabanzas y adoraciones en el templo de la verdadera inmortalidad que es la gloria. Amen.

SERMONES

PARA OCHO DIAS DE MISION CUARESIMAL.

SERMON PARA EL PRIMER DIA DE MISION.

Nolo mortem impii, sed ut convertatur.

No quiero la muerte del pecador, sino su conversion.

Ezech. cap. XXXIII, v. 11.

Amadísimos hermanos en Jesucristo. Dios que conoce toda la miseria y fragilidad del hombre (1), no se ha olvidado en que nosotros no somos otra cosa que ceniza y polvo (2), y como Padre amante y cariñoso tiene en favor de los míseros mortales, sentimientos los mas tiernos. Verdad es que somos pecadores; que arrastrados por nuestras pasiones hemos sido ingratos á sus beneficios, acercando á nuestros lábios la ponzoñosa copa de los deleites. Pero á pesar de esto, Dios se acuerda siempre que es nuestro Padre, que es el autor de nuestro sér y que nos ha criado para tener con nosotros sus complacencias. De la misma ternura de su

(1) Ipse cognovit figmentum nostrum. Ps. CII, v. 14.

(2) Recordatus est quoniam pulvis sumus. Ib.

corazon, del amor que nos profesa, saca el motivo de dispensarnos abundantemente su misericordia.

En efecto: apenas el primero de los hombres le ha ofendido desobedeciendo su mandato, cuando ya al tiempo mismo que pronuncia la sentencia, muestra su compasion por la desgracia del que habia formado á su imájen y semejanza y le ofrece el remedio, anunciando la venida de un Reparador que todo lo habia de sacrificar con la estola de su misma sangre. Si mas tarde, toda carne corrompe sus caminos y se multiplica la maldad, envia un diluvio que hace perecer á toda carne, destruyendo toda sustancia que habia sobre la tierra, desde el hombre hasta la bestia, tanto los reptiles, como las aves del cielo, quedando con vida tan solamente Noé y los que con él estaban en el arca (1). Pero lejos de eternizar su rigor, se compadece, y luego que ha recibido en olor de suavidad los holocaustos que le ofreciera Noé despues que hubo salido del arca, esclama de este modo: «No volveré jamás á maldecir la tierra por causa de los hombres: porque el sentido y el pensamiento del corazon humano son propensos al mal desde su juventud (2). Luego que ha elegido un pueblo para hacerle depositario de sus promesas, su cita en él inspirados profetas que con nuevos y repetidos anuncios sostengan la esperanza del prometido Mesias. ¡Oh cuant misericordia! Con razon el coronado Profeta esclama á vista de los bondades del Omnipotente: «La tierra está llena de la misericordia del Señor (3).» Esta misericordia que se manifestó mas ostensiblemente en la venida del

(1) Gén. cap. VII, v. 23.

(2) Gen. cap. VIII, v. 21.

(3) Misericordia Domini plena est terra. Psalm. XXXII, v. 5.

Hijo de Dios, que se revistió de nuestra carne, humillándose hasta hacerse como uno de nosotros, la veo yo desarrollarse, digámoslo así, en el Calvario, donde la humanidad quedó envuelta en los velos de la bondad divina, pues que el cruento sacrificio de Jesus abrió á los mortales las puertas de los cielos.

¿Y no comprendéis, mis hermanos amadísimos, que hoy nos dá el Señor una nueva prueba de su misericordia? Sí: la santa mision á que vamos á dar principio, no es otra cosa que un aviso de su misericordia: es la gracia que va á tocar á nuestros corazones, á fin de que reconozcamos nuestros errores y entremos en la senda de la salvacion. No quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta para que por este medio logre su salvacion eterna: *Nolo mortem impii, sed ut convertatur.*

Pues bien, cristianos: tal vez para algunos de los que estamos congregados en estos momentos bajo las bóvedas de este augusto santuario, sea esta santa mision el último aviso de la misericordia del Señor. La santa Cuaresma es el tiempo mas á propósito para hacer penitencia y alcanzar misericordia. El mejor medio de prepararse para celebrar el aniversario de la pasion y muerte del Redentor, es purificar la conciencia y llorar los pasados extravíos. Encargado yo de dirigiros la palabra durante los ocho dias que ha de durar esta mision, me creo en el caso de manifestaros las materias que he creido conveniente elegir para mis sermones. Os hablaré de los cuatro novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria, de la necesidad de hacer penitencia, de la confesion sacramental, y por último trataré de prepararos para que asistais con las debidas disposiciones á la comunión con que corona-

remos y daremos fin á estos santos ejercicios. Mas antes de tratar estos asuntos de tanta importancia, voy á ocuparme en este primer discurso de la bienaventuranza, haciéndoos conocer que ella es la única y verdadera felicidad á que todos debemos aspirar.

Dad, ¡oh Dios de bondad! eficacia á mis palabras á fin de que penetren hasta el fondo de los corazones de estos mis piadosos oyentes, y dignaos conceder á ellos docilidad para que les sea fructuosa la enseñanza evangélica que han de recibir en estos dias. Sea nuestra intercesora la Santísima Virgen, á la que en prueba de nuestro cordial afecto saludaremos con las espresiones del ángel. *Ave Maria.*

PARTE UNICA.

La idea de aspirar á la felicidad, M. A. O., está impresa en nuestra alma; pero en vano trataron de buscarla en la tierra los filósofos: breve la vida del hombre y grande su miseria, vese rodeado de aflicciones y disgustos, ora viva en la mayor opulencia, ora carezca aun de lo mas necesario para la vida: ya ocupe un trono viéndose obedecido por multitud de vasallos, ya viva sin posicion ni porvenir en la sociedad. ¿A quién respeta la afliccion, la angustia, el dolor, la enfermedad y la muerte? ¿Quién es el hombre que se ve libre de tantas calamidades? ¿Quién es el que puede decir, sea cualquiera la posicion que ocupe, soy feliz? El hombre es grande, tan grande como que ha sido formado á la imágen y semejanza de Dios, y así solo Dios puede hacerle feliz. Oid al padre San Agustin: *Tam magnum bonum est natura ra-*

tionalis, ut nullum sit bonum quo beata sit, nisi Deus (1). Por esto el mismo padre se dirige á Dios diciendo: «Nos hiciste para tí, y nuestro corazon está inquieto hasta que descanse en tí.»

En efecto, mis hermanos, no hay mas felicidad que la que se disfruta en la bienaventuranza: perdidos serán todos nuestros esfuerzos si la buscamos en la tierra. Pensemos sériamente en que la tierra solo puede ofrecernos frutos de desengaño, y acordémonos de la bienaventuranza, trabajando por conseguirla, toda vez que en ella únicamente podemos ser felices. No hacerlo así es necedad y locura. Voy á daros las pruebas de esta verdad, y por el interés que en ello teneis os suplico atencion y docilidad á la divina palabra.

Hemos dicho que en la tierra no se encuentra felicidad completa, y que solo ofrece al hombre frutos de desengaño, y la esperiencia de cada dia os suministra pruebas incontestables de esta verdad. Amais á un amigo; poneis en él toda vuestra confianza; le haceis depositario de vuestros secretos, y tal es la amistad que con él os liga, que creéis tener en él un verdadero apoyo: esto sin embargo, vemos cada dia que, generalmente hablando, son duraderas las amistades mientras duran los bienes de fortuna. A ese amigo que os muestra tanto afecto, mostradle que estais necesitados, no le admitais ya en vuestra mesa donde acostumbraba á regalarse; cesad de ser pródigos con él; decidle que os dé la mano para sacaros del precipicio á donde os arrojó una quiebra en vuestro comercio, una dilatada en-

(1) De Aug. de Nat. bon. cap. VII.

fermedad ú otra causa, y luego vereis como disminuyéndose por grados aquel afecto, concluye por abandonaros. ¡Tal es la inconsecuencia de los hombres! Sereis guerreros y vuestro ánimo esforzado y valeroso os hará luchar con los enemigos de vuestra patria; y mientras sois recibidos con entusiasmo por los buenos, la calumnia se empleará en vosotros; la envidia os tenderá redes, y trabajará infatigable por haceros caer de la gracia del soberano por quien espusisteis vuestra vida; y á pesar de vuestra honradez y pericia militar, no obstante vuestro valor, heroicidad y grandeza de alma, os hará pasar por desleal, y si no por cobarde por poco decidido. Trabajad por adquirir una fortuna, con la cual podais atender á formar la suerte de vuestros hijos: no podreis contar los sinsabores y disgustos que os costará el adquirir esos bienes, si los adquirís con honradez cristiana; y serán terribles los remordimientos de vuestra conciencia si os valeis de medios criminales. De uno ú otro modo estáis espuestos siempre á perderlos, porque diversos enemigos conspiran contra vuestros bienes. El azar de la fortuna, cuya inconstancia conoceis, el fuego que á lo mejor reduce á ceniza vuestros edificios; la mano del ladron que en un momento puede privaros de vuestros afanes de muchos años, son otros tantos contrarios que os pueden privar de esos bienes en que creéis fundar vuestra felicidad; y el solo pensamiento de si las olas embravecidas del mar os privarán de vuestras mercancías; de si el aire destruirá vuestros campos, de si el elemento devorador del fuego convertirá en un monton de escombros el edificio que levantásteis á costa de sacrificios, ó de si una mano estraña os arrebatará lo que poseeis, es suficiente para

que vivais intranquilos y no pedais llamaros felices. Aun hay mas, mis hermanos: yo quiero suponer que poseeis bienes sin sobresalto; que disfruteis una salud completa y envidiable; que vuestra ciencia os haga respetables; que vuestra posicion os permita el rodearos de comodidades, y que no tengais motivo alguno de sobresalto ni disgusto; pero ¿cuánto tiempo dura todo esto? Quiero suponer aun mas: quiero que vuestra vida sea dilatada: ¿qué podreis vivir? ¿Llegareis á contar un siglo? Si así es, habreis vivido mas que la mayor parte de los hombres; pero al fin cada dia que pasa se os va descontando, y llegará infaliblemente uno en que sereis sorprendidos por la muerte, y teniendo que abandonar cuanto poseeis, sereis conducidos á la tierra, donde el polvo de vuestro cuerpo se mezclará con el del mas infeliz, porque allí no hay diferencia entre el rico y el pobre, el monarca y el vasallo. ¿Dónde está, pues, esa soñada felicidad de que el hombre cree poderse rodear en la tierra? ¡Ah! cuanto el mundo nos ofrece no es mas que ilusion y sombra pasajera.

Los hijos de Israel se negaban con razon á entonar los himnos sonoros de Sion, cuando se hallaban ausentes de su patria (1). Tan cierto es que el hombre no se considera feliz en la espatriacion. Pues bien, nosotros no somos de este mundo en que vivimos: nuestra verdadera patria es el cielo, y no obstante cual si lo ignoráramos, nos entregamos al placer y al deleite, sin llorar al recuerdo de nuestra patria, y sin estremecernos al considerar que podemos perder todo nuestro derecho á penetrar algun dia por sus

(1) *¿Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena?*
Ps. CXXXVI, v. 4.